

Algo sobre Nietzsche. ("La Nación", Buenos Aires (A. A.), 5 mayo 1915

1. 114
4-334



ALGO SOBRE NIETZSCHE

(Extra LA NACION)

SALAMANCA, abril de 1915.

Me ha ocurrido con Nietzsche lo que el escritor francés Louis Bertrand—un excelente conocedor de España, dicho sea entre paréntesis—dice en un artículo publicado en el número del 15 de diciembre último de la «Revue des Deux Mondes» que le ocurrió con él hasta hace poco. Tampoco yo he podido leerlo por entero ni mucho menos. «Hace doce años—nos dice Bertrand—intenté leer «Zarathustra». Desde la primera página cerré el libro, detenido por los matorrales de aquella mala prosa alemana.»

No sé hasta qué punto pueda ser cierto eso de la mala prosa, más que por otra cosa, por un gran prosista, y en lo poco que de él conozco en su propia lengua preséntaseme con una prosa poética, ritmoide, confinante con el verso, y no exenta de energía en las sentencias breves. Yo no he tenido gran interés en leerlo, pero es por otras razones. Conocía sus doctrinas por múltiples referencias, por numerosas y largas citas de sus obras, por análisis de ella y por un cierto librito francés, de Lichtenberger, en que están expuestas. Y francamente, no le encontraba verdadera originalidad de pensamiento, aunque sí de expresión. Todo ello se reducía a exagerar y llevar al extremo ciertos puntos de vista que hieren los sentimientos más generales de los pueblos cristianos.

En el fondo de ello célese una receta de muy fácil aplicación. Trátase para Nietzsche de dar la vuelta al Evangelio y decir negro donde éste dice blanco y viceversa. Qué el cristianismo dice: «ama a tu prójimo como a ti mismo?» Pues con decir «odíate a tí mismo como odias a tu prójimo» asunto concluido. O cosa así. Conozco, sí, el libro de Max Stirner, «El Único y su propiedad» («Der Einzige und sein Eigentum»), y me bastaba al respecto.

Nietzsche se me aparecía como un sistemático denigrador y calumniador de Cristo y del cristianismo y como un espíritu empeñado en sacar las consecuencias prácticas de un darwinismo entendido, de una manera harto superficial. El anticristianismo de Nietzsche, debo declararlo, me era y me es profundamente antipático. Me parece, como todo anticristianismo de un hombre culto moderno, una verdadera hipocresía. Porque los hombres cultos de hoy somos todos hijos de una secular civilización cristiana y llevamos el cristianismo, querámoslo o no, a sabiendas o sin saberlo, en el meollo del alma. Hasta los ateos son, entre nosotros, cristianos. Y el empeño de resucitar la concepción y el sentimiento paganos de la vida es más vano aun que el empeño de resucitar la concepción y el sentimiento medievales de ella, con ser esto tan vano. Juliano el Apóstata no sería hoy más que un hipócrita; un hipócrita de cinismo pagano.

Llegué a conocer las fuentes de Nietzsche y prefería acudir a ellas. El tiempo que habría de emplear en leer a Nietzsche lo emplearía en leer a cualquier otro anticristiano más razonable, a Fouerbach, por ejemplo. Las blasfemias nietzschianas me irritaban no por blasfemias, sino por basarse en mentira. Porque cuantas cosas de Nietzsche se citan contra Cristo y contra el Evangelio no son sino mentiras. Se propuso desfigurarle y falsificarlo y lo hizo con verdadera saña. Y su éxito fué grande entre los racionalistas e incrédulos de origen católico, nacidos y más o menos educados en el catolicismo, que por lo común apenas saben cosa alguna del Evangelio. Lo característico del anticristiano español, pongo por caso, es hablar de Cristo y del Evangelio sin conocerlos. Los ven a través de falsificaciones de un extremo o del otro, si han leído el Evangelio ha sido de prisa y corriendo y con antiparras de prejuicios, y lo que saben de la historia de los grandes santos cristianos es también poco y ello malo.

Creo, además, que el pobre Nietzsche, que fué siempre lo que acabó siendo a las claras, un loco de remate, sufrió entre otras locuras una de las más terribles, la del orgullo envidioso o de la envidia orgullosa. Sí, ese pobre loco de orgullo lo fué también de envidia. La historia de sus relaciones con Wagner lo prueba. Y la envidia disfrazada de orgullo prueba que ésta más que orgullo es vanidad. Y así al de Nietzsche antes que orgullo le llamaría petulancia. Y Nietzsche sentía envidia de Cristo.

Parece una enormidad esto de decir que alguien sienta envidia de Cristo. Pero así es en este caso. Y yo no sé, pero me atrevería a decir que hay quien tiene envidia de Dios. Nietzsche, el que escribió de sí mismo aquel libro, extremo portento de la locura, titulado «Ecce Homo»—del que he leído largas citas—sentía envidia de Cristo, ya que no podía ser Cristo.

No estaba seguro de que los demás hombres llegaran a adorarle y le deificaran. Y él no soñaba con menos que con la apoteosis. ¡Pobre hombre!

Fué, además, Nietzsche un hombre débil que para defenderse y vengarse de su debilidad se puso a exaltar la fuerza y la implacabilidad contra el débil. Y lo que puedo asegurar es que hace una docena de años, cuando sopló también sobre España la manía nietzschiana, una porción de espíritus débiles se pusieron a predicar la violencia.

En el artículo a que al principio de éste me refería y que se titula «Nietzsche y la guerra», Luis Bertrand, que al cabo, y bajo la presión de la guerra, se puso a leer a ese apóstol del pangermanismo, nos da una serie de citas que demuestran lo que Nietzsche pensaba de la guerra y cómo para él los sobrehombres habían de nacer de los germanos, si es que no son ya éstos.

«Nietzsche estuvo enfermo casi toda su vida», nos dice Bertrand,—pero un enfermo de constitución robusta, que



lucna desesperadamente contra su mal y que no quiere confesarse vencido por él. ¡Ante todo no confesarse vencido! Y es fácil que lleguemos a ver algo estupendo todavía en esto del orgullo, o mejor de la vanidad de no confesarse vencido. Nietzsche asistió a la guerra franco-prusiana de 1870, en calidad de sanitario, en las ambulancias, y asistió acaso a los combates de Metz. «En toda caso—dice Bertrand—recorrió los campos de batalla de la Lorena y este corto paso por medio de los ejércitos victoriosos de su país, ese rápido contacto con la fuerza bruta bastó para emborracharle. Hasta su último aliento estuvo ebrio de esa mala embriaguez. El hombre de pluma se enamora, no se sabe por qué perversión, del hombre de sable. El civilizado se convierte en admirador perdido del bruto. El caquético celebró la salud desbordante del mocetón alegre que lo destroza todo en su derredor. Pero como era también un profesor y un profesor alemán, era menester que su pedantería se ejercitase en sus entusiasmos guerreros. Era menester que la barbarie sabia que cantaba se le apareciese—según su expresión,—como renovada de los griegos. La embriaguez destructora de los ejércitos alemanes se convirtió para él en la embriaguez dionisiaca, la locura orgiástica del dítirambo, que fué la primera forma de la tragedia griega».

Lo de la pedantería de Nietzsche es muy justo. Esa pedantería no se me podía escapar, pues soy lo que era Nietzsche, un profesor, y además, un profesor como él, de literatura griega, o si queréis un helenista oficial. Sólo que a mí no se me ocurre vestir mis ideas con ropaje helénico. El helenismo lo dejo para mis discípulos en la cátedra. Nietzsche era un pedante y ha hecho toda una legión de pedantes, pedantes de violencia, pedantes de amor desenfadado a la vida, pedantes de anticristianismo. Sólo que la pedantería es hipocresía, y al pobre Nietzsche le brotaba a las veces, a pesar de todos sus esfuerzos por contenerlo, el verdadero estado de su alma. Y así, después de hablar del goce de vivir y del amor a la Tierra, ¿qué es aquella su extraña y dolorosa fantasía de la vuelta eterna sino un grito de su hambre y sed de inmortalidad personal? El pobre Nietzsche no se consoló nunca de la idea de que había **de morir del todo, de que su enfermi-**

za conciencia, de que su yo hipertrofico habría de desaparecer un día; el pobre Nietzsche no se resignaba a tener que morir. Y todo lo que decía contra el temor al más allá de la muerte, al misterio de ultratumba, se lo decía a sí mismo, a ver si se convencía.

Sigue Bertrand exponiendo a grandes rasgos algunas de las ideas matrices de Nietzsche, ideas antiliberales y antidemocráticas y antigalitanarias. Y luego inserta máximas nietzchenianas sobre la guerra. Hay una que me ha llamado ahora muy especialmente la atención y es cuando dice: «Debéis buscar a vuestro enemigo y hacer vuestra guerra, una guerra por vuestros pensamientos! ¡Y si vuestro pensamiento sucumbe, vuestra lealtad debe sin embargo cantar victorias». ¿No se nos reservará acaso un gesto así, el de gritar victoria agonizando al pie del enemigo?

No es cosa de que cite aquí los pasajes que Bertrand transcribe del «Zarathustra» de Nietzsche, mayormente siendo como es ese libro bastante conocido, a mi juicio más de lo que merece serlo. Bertrand se esfuerza por demostrar, y en mi opinión lo consiguiera, que al predicar Nietzsche la guerra no predicaba la guerra en general, una guerra cualquiera, y menos una guerra incruenta, de ideas, sino la guerra actual, predicaba a sus compatriotas la guerra contra los demás pueblos, contra los franceses en especial.

Agrega Bertrand que alguien le ha dicho que el paralelismo entre la filosofía de Nietzsche y las costumbres militares alemanas tales como acaba de revelarlas la guerra actual, y que él, Bertrand, establece, es curioso, pero accidental, y que Nietzsche no ha tenido ni éxito, ni influencia en Alemania.

Y Bertrand añade:

«Es muy posible, y él mismo se ha quejado del profundo silencio con que se acogió en su patria todas sus obras indistintamente. Por el momento no quiero examinar esta cuestión cuyos primeros elementos ignora. Básteme hacer constar el acuerdo perfecto que hay entre sus enseñanzas y la mentalidad muy especial que manifiestan en este momento los ejércitos alemanes. Tal de esas páginas es la exacta fotografía psicológica del oficial alemán de hoy. El mismo, en fin, se nos aparece no sólo como el tipo literario más completo de la cultura alemana contemporánea, sino como el producto más perfecto de la disciplina prusiana, del militarismo intelectual prusiano.»

«Se objeta—sigue escribiendo Bertrand—que amaba a Francia. Cómo la amaba, ¡ay!, y ¡por qué razones medianamente halagüeñas! La considera como el tipo de la nación decadente, pero que tiene por lo menos las virtudes de su decadencia, una finura, una penetración psicológica enteramente singulares. La Francia que más exalta pertenece al pasado; es la Francia clásica, con su sentido de la perfección y de la aristocracia. Por lo que hace a la Francia moderna, le rehusa la cualidad esencial a sus ojos: la energía y la continuidad del querer. Que no nos engañen, pues, vanos cumplidos y sobre ventajas secundarias. Nietzsche es un alemán y hasta un sobre-alemán, un prusiano. Ha cometido la falta de confesar sus instintos, de decir alto todo lo que codiciaba, lo que esperaba, de poner al desnudo el alma prusiana en una época en que todavía tenía ella el pudor de sí misma. Se le ha hecho pagar este cinismo por la conspiración del silencio. Acaso también no estaban sus compatriotas maduros para entenderle.»

Agrega Bertrand que Nietzsche sabía muy bien que era profundamente alemán, y luego escribe esto otro:

«Hasta qué punto Nietzsche nos ha engañado y se ha burlado de nosotros, las buenas gentes de Francia (poco más o menos como Federico II engañó a Voltaire y se burló de él), es una cosa asombrosa y que, por mi parte, no he logrado todavía llegar a explicármelo... Si viviese aún Nietzsche, podría decir con toda verdad: ¡Es mi guerra. Como no lo han sospechado



nuestras gentes es lo que se me escapa. No conozco mejor ejemplo de la depravación intelectual que no ha mucho todavía se ensañaba en nosotros. Nuestros mandarines de las letras eran tan incapaces de comprender que se pudiera hablar por otra cosa que por gusto, que esa abominable predicación de Nietzsche, tan terriblemente realista y positiva, fué tomada por ellos por simple virtuosidad ideológica. Ni un sólo instante han pensado en preguntarse si no podría tener una repercusión inmediata o lejana en la práctica.»

A Bertrاند se le escapa cómo ese terrible loco, sofista de la violencia y profeta de la guerra, pudo llegar a engañar a tantos franceses. A mí creo que no se me escapa la razón de ello. Les engañó a los engañados blasfemando de Cristo, calumniando al cristianismo. Ante los ataques a la religión cristiana y a las creencias que a tantos consuelan de haber nacido no vieron otra cosa. No es sólo, como Bertrand dice, que los estetas y los críticos franceses no hubieran visto en la obra de Nietzsche más que literatura, ensueños de un neurasténico solitario. Es que al oírle insultar a Cristo y llamarle ladrón de energías, se dejaron robar su propia energía mental por el blasfemo.

En la sesión de la cámara francesa del 9 de noviembre de 1906, el entonces ministro del trabajo del gobierno, decía: «Todos juntos, por nuestros padres, por nuestros mayores, por nosotros mismos, nos hemos dedicado en el pasado a una obra de anticlericalismo, a una obra de irreligión. Hemos arrancado las conciencias humanas a la creencia. Cuando un miserable, fatigado del peso del día, plegaba las rodillas, le hemos levantado, le hemos dicho que detrás de las nubes no había quimeras. Juntos y con un gesto magnífico hemos extinguido en el cielo luces que no volverán a encenderse». Y cuando Viviani, el actual presidente del gabinete francés, lanzó esas palabras desde la tribuna fueron acogidas por vivos aplausos de la izquierda y de la extrema izquierda. Fueron acogidas con aplauso sus palabras cuando afirmó haber hecho obra no ya de anticlericalismo, mas de irreligión. Y digo esto porque se puede muy bien ser religioso, profundamente religioso, cristiano, profundamente cristiano, y ser anticlerical y anticatólico. Aplaudieron cuando ese hombre, a quien sin duda la guerra le curará de no pocas ilusiones negadoras, se jactaba de haber arrancado del alma del pueblo la fe en otra vida, de haber vuelto a los hombres a la tierra, según el evangelio de Nietzsche. No es, pues, nada extraño que los que aplaudían esas palabras aplaudiesen las sentencias nietzscheanas, sin ver el veneno que éstas contenían y que habría de volverse contra ellos mismos.

No vemos acaso todos los días a hombres que se dicen liberales y demócratas y amantes del pueblo y de la libertad exaltando la memoria de aquel redomadísimo reaccionario, sutil abso-

lutista y despreciador del pueblo y de sus libertades que fué Voltaire? ¡Y por qué esto? Pues porque Voltaire se burló de las creencias que consolaban entonces a los más de los hombres de haber nacido. Recuerdo haberlo oído a un titulado radical que prefería un pueblo en la servidumbre económica y viviendo mal, pero sin fe en otra vida ni en la inmortalidad del alma que no un pueblo emancipado económicamente y viviendo bien, pero obsesionado por creencias del más allá de la muerte. Yo, lo confieso, no pude comprenderlo.

En un libro horrible, de un Gaultier, titulado «De Kant a Nietzsche» recuerdo haber leído que la superioridad del francés era que no se dejaba engañar por ilusiones de esas trascendentes, ser un pueblo desengañado, «desabusé», que no le toman de primo, como decimos aquí, o sea «qui n'est pas dupe». Pues esa pretendida superioridad se paga. Quien cree no dejarse engañar por Cristo se deja engañar por un Nietzsche cualquiera.

En Francia ha habido últimamente toda una literatura de disociación, de corrosión, de congelación. Había quien adoptaba como un título de honor lo de decadente y quien aspiraba al magisterio en la perversidad. «Pervers», perverso, era hasta un elogio. La guerra habrá despertado a muchos de ese sueño morboso. Y es de esperar y de creer y de desear que siga a ella una resurrección del viejo y clásico espiritualismo francés. Y cuenta que al decir esto no hablo ni en clerical ni en católico. No me refiero a dogma alguno teológico definido. Pero sí creo que si un francés quiere retemplar su espíritu, mejor lo conseguirá en Pascal o en Bossuet, o en Agripa d'Aubigné, o en Calvino, que no en Voltaire.

*¡Desgraciado del pueblo
al que no le dejaron soñar
con los ojos puestos en el
cielo de la noche y mirando
más allá de las últimas
estrellas!*

Enrique de Guzmán.

